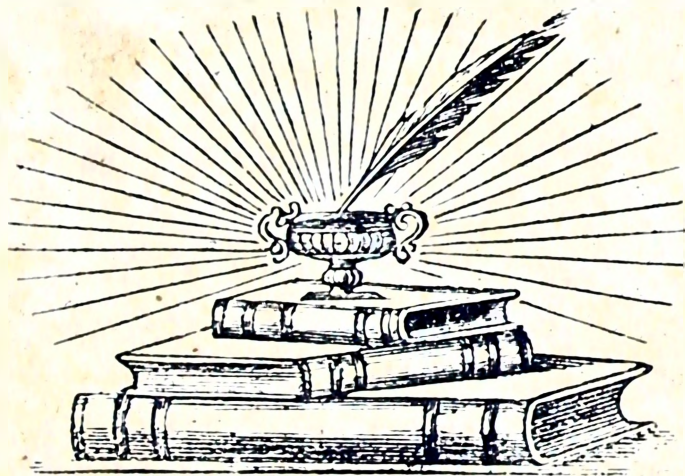


CONSIDERACIONES FILOSOFICAS
SOBRE
LA IGLESIA ECUATORIANA
Y LA
ADMINISTRACION DE VEINTEMILLA
POR
XANTIPO.



QUITO.

FUNDICIÓN DE TIPOS DE M. RIVADENEIRA.

1884.

CONSIDERACIONES SOBRE LA IGLESIA ECUATORIANA

Y

LA ADMINISTRACION DE VEINTEMILLA.

Al inmenso y poderoso oleaje de un Océano embravecido, que se lanza estallante para sorber instantáneamente el orbe de la tierra, Dios se ha complacido en aplacar sus furores con un débil muro de arena.... En las leyes físicas, el supremo grado de energía corresponde y toca con el límite primero de su decadencia y de su nada. Existe una fuerza general y absoluta que las crea y aniquila: la naturaleza toda está reducida á la producción y descomposición, á la unidad y multiplicidad, á ser y dejar de ser.

En la esfera de la razón y de la moral cesa este fenómeno de indefinidas transformaciones; pues á la impotencia brusca del desorden que se agita, se opone inquebrantable la soberana fuerza de la Ley divina; y en frente de las terrorosas devastaciones del furiosamente desesperado mal se alza formidable un muro de bronce, el poder omnipotente de la Providen-

cia, que con voz de trueno grita á esa Hidra: “¡De aquí no pasarás!” El mal no tiene órbita de acción conocida; gira sí, pero es, como el huracán, sobre su propia indignación y vergüenza.

Cuando Dios quiere entregar naciones criminales á su sentido réprobo, las castiga dándoles á probar la amarga hiel de irremediabiles desengaños; mientras que con mano abrumadora los ha lanzado ya á medir las profundidades negras de sus dolores, sintiendo los atroces tormentos de su desolación y de su ruina. ¡Su perdición ha venido de sí mismas! ¡El remordimiento se ha vuelto la conciencia natural de su suplicio! Empero para las naciones que, como la nuestra, no han llegado aún á tan funesta desgracia; á la impiedad precaria y aparente del crimen glorificado, permite Dios, que derramen flores sobre él; y, difundiendose el mal, que germine éste, fructifique y se perpetúe. El remedio está al fin, y el aproximarle, para una salud perfecta, pertenece á la Fé y á la virtud del pueblo.....

! Con el corazón convulso por el dolor y el alma angustiada de sufrimiento; quien hay de los Ecuatorianos que no vea pasar por sus aterrorizados ojos esos cuadros fúnebres donde se estampan y vuelan en trastorno gigantescas sombras de maldades horrendas, de crímenes espantosos, de profanaciones sacrílegas, de traiciones y de vicios sin cuento, que han arrollado á nuestro país desventurado en el trascurso lento de siete años!

¡¡¡ El cadáver de la Patria rodó envuelto con un sudario de sangre, y sobre su sepulcro, mil ve-

ces venerando y, hasta hoy llorado de sus hijos, hemos visto á la sacrosanta Religión ser herida de muerte en el primero de sus Pastores justos, y caer desfallecida por siempre en el potente brazo del mas grande de sus Hijos!!!

Todos nos vemos, desde entoces, cobijados con el manto de la muerte súbitamente lanzado por el triunfante espíritu del mal. Nuestra Joven República, ayer no mas, hija predilecta de la augusta Religión; bella por la virtud, cautivadora por el pudor de la moral y hermosa como la esperanza, yace ahora enferma, debilitada; y, sobre la vergüenza de una vejez prematura que agotó su primavera marchita, ostenta solo los despedazados andrajos de púrpura, que es de suponer, cubrian las demacradas carnes del Hijo Prodigio.....

Tras de la estallante y asoladora tempestad que una administración nefanda, guiada por las furias y sacudida por la negra mano de un destino rencoroso, convirtió en escombros el naciente edificio de nuestra Nación; restan algunos que, ilusionados con el nombre de una civilización impalpable y quimérica; civilización que dista de nosotros como distan las nebulosas de la tierra, no saben darla un cuerpo en nuestro país, ni revestirla de las formas grandiosas y magníficas del progreso moderno.

La Verdad es una, inamovible, inquebrantable; por que es eterna. Es un principio, la verdad se ha convertido entre los pueblos en axioma: Ningún país se civiliza, prospera y se engrandece sino por el Cristianismo. ¿En qué consiste, ó cuál es el cons-

titutivo esencial de la perfecta cultura de un pueblo? Esta rueda en el horizonte vasto, sublime y profundo de la perfectibilidad humana, por la acción de la moral y de la política subordinadas al impulso supremo y divino de la Religión, primera y soberana fuerza motriz y moderadora de todo cuanto existe de noble, grande y elevado en la humanidad.

La Iglesia Católica del Ecuador y la Administración de Veintemilla. ¡Cuántas reflexiones para el sabio! ¡Cuántas lecciones para el poder! ¡Cuántas decepciones y lágrimas para el pueblo!

No pretendemos historiar la vergonzosa y negra página de nuestros fastos. Nuestra mente se reduce, por ahora, á presentar algunas observaciones morales, religiosas, políticas y sociales, que naturalmente se destacan en ese cuadro de miserias, con que, á fuer de manto, cubrió al mas digno de los pueblos el mas obyeto y funesto de los déspotas,

De los principios vengamos á los hechos.

I.

La corrupción del inocente es la mayor conquista que puede alcanzar la malicia: mas la degradación moral en un Pueblo es el trono imperial á que solo puede subir la infamia. Armada esta de la prestada vara de hierro de una justicia demasiado severa y justa, por ser divina, encontró Dios en Veintemilla al nuevo Atila, ciego ejecutor de mercedas venganzas.

Un pueblo católico hundido en el fango de la inmoralidad y de la miseria es el pueblo mas desventurado de la tierra. Y el Ecuador, bajo el mando del impuro y codicioso Magistrado que recordamos, empezó con planta tímida á recorrer las primeras tembladeras del vicio.

Hoy nuestro Pueblo, siendo menos religioso que antes, es indefinidamente menos moral é incapaz para ser perfecto en su asociación política, como Nación civilizada.

Comenzaron nuestros males por un grave escándalo contra el orden religioso.

La suspensión del Concordato, medida cruel y violenta de un Gobierno improvisado por la traición y, poco despues, hecho fuerte por la perfidia, debilitó hasta el trastorno nuestra fuerza y nuestros derechos, como porción de la Iglesia universal. La marcha regular de los negocios eclesiásticos cesó en algunos puntos de la República para beneficio de las almas, y la elevada categoria del Episcopado halló cerrados los caminos para la difusión libre de una influencia benéfica y reparadora.

Se creó, pues, una posición anormal para la Religión, aunque los causantes de ella y los que sufrían sus consecuencias no fuesen ni enteramente criminales, talvez por ignorancia, los primeros, ni tampoco por completo inocentes los últimos: mas claro, la causa eficiente de este desorden, tan funesto en otros países, era, acaso, la mutua antipatía y desacuerdo consiguiente entre ambas partes.

Como el nudo de los acontecimientos, que dió

margen á esta división y desavenencias, fuese político en el seno de las facciones, políticos fueron tambien los óbices, políticas las tendencias y político el distinto y encontrado rumbo de las aspiraciones; é introducida con violencia en esta atmosfera de pasiones la divina Religión, perdió un tanto de su brillo y poderío ante los ojos de una nación que veía por primera vez descender sobre la arena á sus augustos atletas é invencibles defensores de su fé.

Los hombres ciegos que nos han precedido, y muchos de los que al presente viven, están en la errada persuasión de que solo la política mundana y carnal puede levantar, engrandecer y hacer felices á los pueblos con abstracción y, talvez, eliminación del principio religioso. El Catolicismo, á su pesar creará naciones civilizadas y alzará sociedades de los sepulcros hasta la consumación de los siglos, como Eliseo hizo levantar á los muertos. ¡¡¡ Si hoy lloramos, y nos afligimos; si una secreta venganza bulle indignada en el corazón y sube á colorear, enrojeciendo nuestras mejillas, al vernos postergados y olvidados seguir tras la cola de las naciones, obra es exclusivamente de la política!!!

Contemos con sinceridad nuestros males; y sirvanos el pudor de expiación, ante la complicidad que en ellos acaso hayamos tenido.

A la desastrosa muerte del ilustre García Moreno, glorioso Adalid de la Religión, brazo potente de la Iglesia, monumental é irreparable pérdida de la Patria, siguió el sacrílego asesinato del Arzobispo de Quito, perpetrado por viles é impudentes asesinos.

nos. Las circunstancias que rodearon este último atentado, sin nombre ni ejemplar en la historia religiosa, servirán para hacer temblar á la misma Maldad armada del puñal y del veneno, cuando ose con planta sacrílega tocar los dinteles del Templo....

Era indispensable que, en presencia de este doble crimen, la Religión se hallase temerosa de grandes catástrofes, y estuviese alerta para hacer frente á las tempestades que nuestra caliginosa política, dudosa siempre como el porvenir, alzase repentinamente en su contra.

No habia por entonces en nuestro Ecuador mas que dos partidos políticos: el Conservador pujante y dominador absoluto de la situación, y el llamado Liberal, tímido, irresoluto, y en plena decadencia. La Religión abrazaba á uno y otro, pues que abraza con amor á todo lo que le pertenece; empero no halló entre los que debian perpetuar su honra y fomentar su gloria mas que el espíritu de facción alentado por el interés y el egoismo: desde aquí tomaron principio nuestros infortunios.

Para debilidades culpables y secretas traiciones que se hacen contra la Nación la Providencia guarda terribles castigos. Los conservadores, incapaces unos, y cobardes otros, para sostener el peso de una gran misión, que el deber de católicos ciudadanos les imponia, se dejaron arrancar el poder de las manos, sufriendo, impasibles, que pasase á las endebles y flacas del liberalismo en la persona de Antonio Borrero.

Es preciso saber que esta facción política entre

nosotros recogía y cobijaba bajo su bandera ó pabellon, safando de algunas excepciones, á cuanto vagamundo, pilló ó truhan de oficio se hallaba en nuestra pobre sociedad.

.... Cual si la libertad conquistada encien campos sangrientos de batalla por Simon Bolívar fuese el triunfo del libertinage y de la licencia, los prohombres de este partido vergonzoso creyeron que tenían derecho para todo, y que el primero de sus deberes consistia en asimilar el pueblo á sus ruines tendencias y á sus vicios. El Liberalismo carece de programa en sus principios. No ha visto jamás rayar la luz á sus ojos ; era preciso que se contentara con su penumbra, y ninguno mejor para el caso que el indescifrable y nebuloso Borrero.

El cáos perxistio en la acción creativa del mundo: para nacer entre nosotros el liberalismo, hoy ya formado y en toda su fuerza viril, hubo primero Borrero. Era este la materia *cósmica*, si asi pudieramos expresarnos, para formar liberales. Ningún ser ha subido al poder, cual este, ni con tanta facilidad, ni con tamaños desengaños. . . . Sin conocimiento de su país ni de sus personajes ; enteramente incipiente en el manejo de los negocios, y en absoluto débil en la ciencia de las conveniencias sociales ; sin plan, talvez sin rumbo determinado, sin fin político de ninguna clase, apareció bajo el dosel del Solio presidencial, con la mayor buena fe, pero con las ínfulas, eso sí, de un orgullo y desenfado tales, que solo sufren comparación con los formidables retumbos de los montes de la fábula al dar á luz un ridiculo

raton. La Euvidia, pigmea ruin y villana entre las pasiones humanas, tiene un ojillo en cuya diminuta retina lo mas grande y colosal se empequeñece y aniquila: Borrero, tenemos la pena de decirlo, se mostró un poco adicto á ella. Preguntaba con desden ante el aspecto imponente de una República moral, poderosa, pujante, próspera y feliz. “¿Qué es lo que ha hecho García Moreno en quince años de tiranía?” Nosotros le respodiamos: “¿Qué es lo que ha dejado de hacer en bien de la nación ese Tirano singular, á quien, desapareciendo bajo una tumba ensangrentada por viles sicarios, bendecia la Religión, le glorificaba la Iglesia, le admiraba el mundo civilizado y le lloraría eternamente su Patria?” Este fué el *Caton Ecuatoriano*: que nos lo perdone nuestro amigo, tan distante de polo á polo del severo Senador de Roma, como del sublime Caton de Útica. Su honradez, su buena fé, y sus virtudes, que alabamos, no fueron parte á libertarnos del castigo que nos iba á mandar el cielo por la traición.

Nuestro Ecuador, pueblo inocente, virginal y sencillo no podía adoptar ni conformarse con una política desorganizadora: echóse, pues, en los primeros brazos que se abrieron para correr el telon á la farsa liberalesca, y se lanzó al abrazo ¿quién lo creyera? de un Ladrón. Para el desfloramiento de la virginidad nunca falta un perverso que la deshonne; para el castigo de nuestro Pueblo infeliz, que alimentó en su seno monstruos de maldad, era necesario Veintemilla; y con él empezó, desde la fecha fatal el ocho de Setiembre, nuestra expiación.

Conveengamos, sin embargo, que para merecer el Pueblo por la penitencia una restauración gloriosa, cual la de ahora, nos convenia mejor llorar bajo la coyunda de un hombre malo descubierto, y no bajo el manto de una enmascarada hipocresía: el primero nos robaba; el segundo nos prostituía y degradaba. Si es ventura para un pueblo el salir de un tirano, mayor es su fortuna al salir de un hombre debil. La perfidia y la traición se sobrepusieron á la imbecilidad, levantando á Veintemilla sobre el puesto. Este hombre no tuvo mas derechos para el mando que los que tiene Aquel, que en lo alto, elige á quienes deben ser el azote de los pueblos. Fué, pues, el desventurado un castigo para su país; pero es cierto que vale mas un castigo que, como el eslabon, saca fuego resplandeciente al chocar con el duro peder-nal, y nó un pedazo de barro, que deleznable se esparce en polvo.

Veintemilla entronizado en el poder por la influencia del partido liberal, ó mas bién, por la energía que presta el mal á una turba de traidores y pérfidos audaces, de quienes era Caudillo, nos trajo á la Capital, después de la cruel hecatombe de mil ochocientas victimas que sacrificó el parricida á sus furrores sanguinarios en Galte y los Molinos, una factura completa de espadachines imberbes y de canalla ruin, quienes se daban con el mayor descaro, el glorioso nombre de libertadores de la Patria. Publicaciones indecentes por la prensa; convites; bailes; orgías escandalosas, y una crápula desvergonzada y general formaron la inmunda bacanal del

libertinage en triunfo.

A la cabeza de estos *beodos* victoriosos se colocó otra momia liberalesca, peor que la de nuestro arriba mencionado Caton, para dirigir una política que el mismo Vicio la habría desechado con indignación por espuria é imbécil. Un hombre taciturno como el vacío, reservado como la hipocresía, ciego y tenaz como el error, reservaba en su alma vengativa un odio lento y obstinado rencor contra la Religión: fue nombrado de Ministro General. Educado en la gimnasia del noventa y tres, creyó el bárbaro que para ser tenido por grande era necesario parecer impío, y no cesó en la pertinacia de dar golpes brutales contra el Clero, estableciendo disposiciones insolentes y dictando decretos arbitrarios, para fundar algo entre nosotros que se asimilase á la Comuna Francesa. Aturdido y despechado el infeliz con la burla y desprecio del pueblo de Quito, antes católico que libre, se vió obligado á huír y esconderse en su casa y ciudad natal para no salir jamás de ella. Hablaremos de él más adelante.

No hay día mejor para el crimen que aquél en que se corona y premia al criminal. Veintemilla recibió en Ambato, y de manos ecuatorianas ¡que baldón! la banda del poder constitucional y fue proclamado Presidente de la República. Estamos condenados á una perversión moral y racional inauditas: el mas sublime y grande de los deberes es la suprema de nuestras bagatelas: la elección de un Presidente, que rijá nuestros destinos, ha sido siempre para los representantes del Pueblo una función de

títeres.

Cuando al vibrador vaivén de un terremoto se desquicia y derrumba en escombros un Templo, quedan siempre algunas columnas ó trozos de pared en pie: el verdadero terremoto de nuestros partidos es el interés codicioso y vil del lucro. Casi todo el partido Conservador se hizo liberal con Veintemilla, para participar de sus liberalidades y rapiñas en la hacienda pública. Conocía el astuto Presidente á su país, y sabía que la primera necesidad de sus hombres públicos era la sagrada hambre del oro: en algunos quedó intacto el sentimiento noble de su dignidad y el incorruptible amor de su Patria. Como somos igualmente indóciles para ser gobernados por la justicia ó por el despotismo y la tiranía, y nuestras revoluciones en lo general van á parar como fin único y supremo al tesoro de la nación, no fue extraño el que se promoviesen sublevaciones y se intentasen, de hecho, varias azoronadas en la Capital, corriendo la sangre del pueblo sencillo, que es la que se derrama con profusión en todas ocasiones. Posteriormente la facción conservadora dió su última boqueada de vida política, formando, en nombre de la Religión, una cruzada temeraria en torno de Quito, para dar el ejemplo sublime de una heroicidad que inútilmente sucumbe. ¡Doscientos valientes cubrieron con sus cadaveres acrivillados á balazos las calles de la capital, mientras que dejaba tendidas cuatrocientas víctimas inocentes en el hogar doméstico la furia báquica de los brutales vencedores!

El Gobierno, asegurado ya de su fuerza, cayó en la torpeza común y trivial de todos los presidentes de Repúblicas Americanas; la de perseguir, insensato, á la Religión, infiriendola heridas mortales en algunos de sus venerables Ministros. Era el *Liberalismo* ladrón, que convertido en Sátiro por sus vicios, entraba por primer vez para ejercer sus abominaciones en el santuario; Veintemilla era el mas adecuado actor para representar tan repugnantes sacrilegios.

Consumado el delito atroz del envenenamiento del Arzobispo, se buscaba la cabeza del grande Obispo de Riobamba y, talvez, la del piadoso y justo Obispo de Ibarra. Inmediatamente se procedió á vejar inicuaamente al venerable Obispo de Loja y desterrar de la Capital al ilustre y magnánimo Vicario Capitulár de la Arquidiócesis. El primero de estos Prelados se vió en la necesidad de abandonar su diócesis, y con su ausencia empezó en esa provincia eclesiástica un catálogo de males difícil de enumerarse. El delito infame se habia tramado en Guayaquil con la impacibilidad y aplauso del Crimen, cuando toma sus sabias medidas en el sacrificio de su víctima. Debía ser fusilado el ilustre Prelado en el camino, ó sepultado vivo, para morir de hambre y de miseria, en un ponton de esa ciudad. Que la virtud abra su pecho al plomo del asesino, sería una complacencia heroica, pero inútil. Atanasio se escondió á las furias de Juliano; Ordóñez evitó un sacrilegio más á su Verdugo. La Iglesia de Quito, más feliz, vió restituido á su seno su Prelado, que, aunque oculto,

inauguró un combate obstinado y sin tregua contra las disposiciones que se dieran en contra de los derechos de la Religión y de su moral santa. No quedaron en su sillas mas que el santo y severo Obispo de Cuenca y el joven benévolo Obispo de Ibarra.

La Religión, pues, padecía los ataques de un poder violento y abiertamente impío. Suspenso el Concordato, violados los fueros de la Iglesia y ultrajados tan vivamente sus cánones, nuestra posición se hizo grave y peligrosa. El clero de segundo orden se vió expuesto en las provincias eclesiásticas vacantes á mil sufrimientos, ya por la carencia de sus Pastores naturales, ya también, mejor dicho, por que los que habian quedado en su lugar no poseían la ciencia de una dirección sabia y discreta. El calor y luz de la vida de los pueblos se ausentan, por lo común, junto con sus Obispos.....

En tales conflictos, y para hacer frente á tantos males, habría sido conveniente á la Iglesia Ecuatoriana unirse, á ejemplo de otros países católicos, en sus jefes, y adoptar estos una norma única de conducta. Según nuestro humilde juicio, no fue así; y esta falta, producida mas bien por la precipitación de los sucesos que por mala voluntad para evitarla, comprometió mas de una vez la paz religiosa, dando origen á recriminaciones y venganzas personales por parte del Gobierno. ¡Consejo es tremendo de la Providencia el que por lo general la heregía, el cisma y el escándalo tengan su cuna en el santuario! Veintemilla talvez contó con alguno ú algunos de estos eclesiásticos desgraciados; sea de esto lo que se quiera, pero es lo cierto que una persecución mas

formal y generalizada habria cubierto nuestro suelo de Apóstatas. No tocaríamos este punto, si no lo exigiese así la prueba lucida é indeclinable que intentamos; esto es: que la Religión padecía grandemente entre nosotros.

Cuando la maldad quiere amaestrar á un malvado, hasta convertirlo en artista, le sujeta á noviciado; poniéndole por insignia la máscara de la hipocresía. Medida hipócrita y solapada fué la que practicó Veintemilla acudiendo al Sumo Pontífice León XIII, en busca del remedio para males que él mismo habia causado. Vino, en consecuencia al Ecuador, como Delegado Apostólico, el Señor Mario Mocenni. La presencia de un representante de la Santa Sede en nuestro país ha causado siempre en todas las categorías de la sociedad un delirio de amor, de respeto y veneración. La Iglesia Ecuatoriana consideraba á este augusto Enviado de una Autoridad infalible, como el salvador único de nuestra situación religiosa. Nosotros, poco ó nada versados en esa piedra de toque de los manejos diplomáticos, donde las medianas virtudes se trasforman en vicios y las mas altas se oscurecen ante la opinión pública, nada podemos decir que sea verdadero y exacto de lo que haya acontecido en ese laberinto de Dédalo, que se presta facilmente tanto al engaño como á la astucia. En el Señor Mocenni tenemos obligación de dividir sus actos personales y caracter, de los otros que ejecutó en cumplimiento de su sagrada misión. Toca al representante de la Santa Sede ser visitado y honrado por el Magistrado de la Nación ante cuyo gobierno se acredita: bastó á Veintemilla mandar á su

encuentro, en las goteras de Quito, á un miserable edecan, y no cerró la noche de ese día sin que el Delegado Apostólico honrase al Presidente con su presencia en su propia habitación. Podría ser talvez esta acción producida por un sentimiento de humildad, ó de una diplomacia que ignoramos, pero su incongruencia disgustó mucho al Pueblo, quien, por demás se hallaba asombrado ante el frio recibimiento que en ese mismo día habia hecho á su valiente, noble y heroico Clero. Posteriormente sus visitas continuadas y nimia familiaridad con un hombre, como Veintemilla, no muy medido en su vida privada, y opresor de la Iglesia, dieron á conocer que el Señor Mocenni no habia estudiado, talvez, lo que en materia de dignidad y decoro, exigimos los católicos del Ecuador de los enviados del augusto Vicario de Jesu-Cristo. Suspendemos, sin embargo, en esto nuestro juicio.....

Con tan extraño y singular modo de proceder, bien poco podia esperarse para el bienestar de la Iglesia. Sin embargo, accidentalmente se pusieron las bases de un nuevo Concordato; se atendió á la nominación é institucion de los Obispos para las sedes vacantes y se procuró, de algún modo, en restituir á la Religión algo de su brillo y poder antiguos.

Los Concordatos con los gobiernos civiles vienen á ser históricamente prácticas humillaciones de la Iglesia. Madre de todos los católicos, su amor se halla sujeto á las duras exigencias del Poder en hijos indóciles é inpudentes, y, por no perderlos para la eternidad junto con sus pueblos, tiene que ceder

parte de sus derechos, encomendándose á la protección de sus ingratos y pérfidos parricidas. Por aquí comprenderán nuestros lectores cual habrá sido el Concordato celebrado con un autócrata libertino, renegado y ladrón.

Aunque sea de barro el canal nos envía el agua límpida y pura del cielo. Dios, que del mal saca el bien, solo Él pudo sacar de la sentina inmunda de Veintemilla, para el honor y gloria de la Iglesia, un grande, un excelso bien.

El Episcopado, ya glorioso por los combates anteriores, se completó, perfeccionó y se elevó triunfante para cubrir con sus alas protectoras al noble Pueblo ecuatoriano en la persona del eminente é inclito Señor José Ignacio Ordóñez, nombrado Arzobispo de Quito.

Es tiempo de publicar á grito herido el sublime y bello sentimiento que abriga en su corazón todo católico ecuatoriano ; y gracias al Cielo, lo somos todos! Sólo la Iglesia con sus Obispos y su Clero es la que exclusivamente nos ha dado prosperidad, libertad, engrandecimiento y gloria. Ella gobierna excelsa y celestial un pueblo de dioses sobre la tierra, cuando el paganismo, resucitado en nuestra actual política, solo regía en lo antiguo un pueblo de fieras. La civilización de la Iglesia abrazó héroes y desecha cobardes: agiganta á los grandes de espíritu y envilece á los pigmeos de la carne, relegándolos á la lenta labor del progreso de la materia en que se corrompen. El progreso ateo de hoy, que tiene su resorte en el poder civil, va á los cuerpos,

la perfección religiosa ensalza al hombre en su espíritu hasta Dios. Nuestra infeliz sociedad se habría desvanecido ya bajo el impulso destructor del hipócrita y descreído Veintemilla, sino hubiese sentido en sí ese soplo vivífico y animador de la fé inquebrantable de sus Pastores. Moralidad, virtudes, pundonor, nobleza y exaltación patria para alzarnos con regia altivez del sieno en que nos arrojan los déspotas, se lo debemos á la Religión. Ha hecho de nosotros una segunda naturaleza, y mientras en otras naciones arroja al suelo el Mal el coloso de barro de su civilización secular, no osa romper su cabeza, tocando siquiera el ferreo pedestal de la nuestra. El impulso activo siempre y demasiado soberano de la Iglesia para que puedan llegar á ella los perversos miopes que se arrastran, cual sabandijas, en nuestra sociedad católica, ha levantado al Episcopado Ecuatoriano á lo supremo de la gloria. Su sagrado é inviolable deber de conservar y fomentar la fé y la moral de un Pueblo renombrado en el mundo por su constancia religiosa, y hecho superior á las tentadoras seducciones de infames y prostituidos magistrados, ha rodeado y rodeará á esos ilustres Pastores con una auréola de luz imperecedera. ¡ Honor, pues, y bendición al que sucumbió martir generoso Checa y á los invictos Atletas del catolicismo Toral, González, Andrade y Masiá! Si el mundo fabrica estatuas á los héroes profanos, quienes no aspiran mas allá del frío marmol ó del duro bronce, la Patria en el alma de sus hijos les ha consagrado un monumento inmortal y eterno: la gratitud, el

reconocimiento y la ternura del corazón que no fenecen nunca.

Premiencias existen siempre en todo orden. Si en el Apostolado tenemos la veneranda figura de su Príncipe Pedro: en la Iglesia Ecuatoriana la Religión nos presenta augusta y descollante la de Ignacio Ordóñez. Este Prelado venerable posee en sí la fé firme del Patriarca, el inquebrantable heroismo del Martir, el celo del Apostol; y en su corazón inflamado, en su talento ardiente y en su alma encendida por la caridad, el amor del Justo, la benevolencia del Padre y la ternura solícita del Pastor de las almas. . . . Posible es que los vapores de recientes pasiones políticas, al traves de su manto de nieblas, impidan apreciar á este Metropolitano ilustre en lo que vale y merece; mas presto se desvanecerán desapareciendo esas sombras, que siempre se envuelven en torno de los astros luminosos, y la Iglesia del Ecuador recordará por siglos en él á la más pura de sus glorias. Hay ciertos hombres eminentes que brillan como fuegos fatuos en la tempestuosa atmósfera del catolicismo militante: el calor y la luz de un Sol que ilumine todo un día de una generación religiosa es lo que hoy necesitamos; y esa luz perenne es y será el Ilmo. Señor Ordóñez.

II.

Cuando la Religión padece la Moral muere, y la máquina social se destroza y aniquila.

La excelsa Religión es la pujante Locomotora

que arrastrando poderosa el trén de los pueblos sobre los rieles del orden eterno, los lleva á la consecución de los destinos supremos de la humanidad. ¡Desdichada la Nación que rompe la cadena que la une á ese motor soberano: queda condenada á la inercia ó inmovilidad perpetuas!

Nuestra Moral no ha perecido; pero la han debilitado y puesto á los umbrales de la muerte los escándalos públicos de un Gobierno sibarita, y que cayó sobre el Pueblo con la mancomunidad de vicios que sellaron la frente de la impura Prostituta de Babilonia. Seis años más de esa administración inmoral, y talvez la Religión habría tenido que peregrinar, lejos de nosotros, abandonando tras de sí un país sorbido por la iniquidad, devorado por la miseria y comido por la universalidad de todos los crímenes. Poco ha nos han reconocido las naciones extranjeras como el Pueblo más moral del Universo, pues fuimos y todavía somos el más católico del mundo. ¡Faltaba el que fuésemos el más infeliz; y lo somos! La inmoralidad sembrada en todas las clases de la sociedad ecuatoriana por ese funesto Magistrado ha brotado ya sus encubiertos gérmenes, produciendo la corrupción en el pueblo bajo, y en la aristocracia una vacilación punible entre la virtud y el vicio, la verdad y el error, la probidad y la injusticia.

En nombre de la virtud, sacrílegos, desechamos y aún matamos á un Tirano, por ser virtuoso, y abrazamos, con amor, en fuerza de nuestro libertinage, á un Tirano leproso, sedimento impuro de la

obscenidad y de la lascivia. Un Pueblo que no sabe deshacerse de un Tirano de la laya, sinó después de siete años de impudente despotismo, manifiesta claramente su abyección y su moral abatimiento. Pero hay una vertiente secreta y permanente de los desórdenes sociales abierta por la imbecilidad é ignorancia de nuestros legisladores: la Constitución. Bajo una grosera forma de República, se busca en la sustancia del pueblo, que está por conquistarse en el orden político, toda la perfección y hermosura de sociedades fundadas por la prudencia, y hechas poderosas y felices por la aplicación práctica de sabias leyes. Se le constituye perfectamente democrático á nuestro Pueblo, sin cuidar de que sea antes perfectamente virtuoso.

En esto se encierra un crimen de lesa Patria: se le obliga á vivir en el fondo de la anarquía, para que la facil mano de ambiciosos infames la aplaste con la coyunda pesada de un despotismo inicuo y corruptor. Un Pueblo inclinado á pasar inerte por todos los furores de una demagogia desenfrenada necesita cadenas de hierro para su represión, no blandas amarraduras de seda. ¡Caiga, pues, con toda su abrumadora gravedad la responsabilidad horrible de un País que se corrompe y disuelve sobre sus legisladores, cómplices de inmorales mandatarios!

Añádase á esto la absoluta libertad de la prensa. Dichosamente, pasan volando sobre nuestras cabezas esas publicaciones oprobiosas con la velocidad con que, de tiempo en tiempo, rodaban las temibles:

furias sobre el Paganismo. Hay ciertas cosas que el pudor nos enseña ocultar por decoro y dignidad propios; pero la desvergüenza de nuestra prensa liberalesca se ha hecho ya demasiado pública, y es preciso describirla. Es una especie de Ropavejera nauseabunda, que se la ve en nuestras convulsiones políticas sacar con asquerosa mano de las víctimas del libertinaje y de la lubricidad, trapos sucios para cubrir con ellos las virginales y desnudas carnes de la Patria. Sus adeptos tienen por misión el emporcarlo y dañarlo todo: principios, doctrinas, máximas sociales forman una algarabía repugnante y monstruosa; es la malicia brusca é idiota dictando leyes y caracterizando, según ellos, el espíritu de la Nación. En cualquiera país civilizado del mundo la demagogia maneja la temible arma de la prensa, sino con honor, al menos con decencia; en el Ecuador, nos causa sonrojo el decirlo, blándenla exclusivamente las *mindalas*. Ninguna chispa de luz que ilumine esas turbulentas sombras del desorden en que viven: nada que pueda levantar el corazón y la mente; ninguna idea social grandiosa ni elevada. Si el estilo es el hombre, esta facción política degradada por vicios groseros é indecentes y con un cerro de ignorancia encima, tan difícil de levantarse como la cúpula pesada de Éolo al aprisionar los vientos, manifiesta con la pluma en la mano el espectáculo de un idiota sin entendimiento, y enconado su corazón villano por la ira y el despecho. Esta cáfila vagabunda de escritores de burdel, cábalmente los menos adecuados para producir algo de esa justicia y pru-

dente templanza, frutos de la ciencia y criterio del sabio, intentan introducir al pueblo en una varahunda de desconcierto, donde pierde la cabeza y hasta el sentimiento rudimental siquiera de buena política.

No podemos olvidar al Caudillo de esta mascarada de inmoralidad revolucionaria y trastornadora de la sociedad, Don Juan Montalvo. Hombre de vasta erudición, ha sido entre los suyos, el primero que rompiendo las puertas de la historia profana, entra en el ancho recinto de sociedades animalizadas por el paganismo antiguo con la curiosidad y ligereza de un gran pedante, ó mejor, con el entusiasmo disparatado de un loco. Poseso del demonio del odio contra las instituciones, gerarquía y poder de la Iglesia católica que no ha estudiado: enemigo encarnizado y tenaz de cuantos mandan en el Gobierno de su patria; soñando siempre en sangre ó incendios para redimirla; este fogoso Catilina moderno solo, al parecer, quedaria contento, si lograse implantar en nuestro país, siendo su Presidente, una sociedad idolátrica con sus abominaciones y todos sus misterios de Eleusis, de Osiris, de Ceres y de Baco. Mas esto sólo sucede en su mente é imaginación febril: si llegase á la posibilidad de la practica y de los hechos, veria la Nación en él, una desmedida cabeza, pero sin seso! Propio para servir de pregon de sus utopías y de predecir cuantos males desea ó caen sobre una Patria que aborrece, se ve obligado este Genio fatídico y amenazador á vagar lejos del suelo natal, cargado de toda

la turba de los insectos radicales, que él ha formado con sus escritos, como el Macho Cabrío de los Hebreos que, lanzado de Sion, llevaba en el desierto los pecados del Pueblo entero. Entiéndase esto como hombre público; que como literato es un ente singularísimo en las bellas letras. Sublime muchas veces en lo que lee, rastrero siempre en lo que concibe de sí propio; rico en hechos, fábulas y consejas, pobrísimo y roto en la aplicación práctica á nuestras sociedades modernas. Toca con facilidad á lo grande por su erudición, pero le gusta más arrastrarse por lo bajo y ruin por falta de criterio y de filosofía. Incapaz de orden y de concierto en sus ideas, multiplica sus historietas para vestir con manto antiguo sus insustanciales bagatelas. Toma el acento y la voz de un tribuno y después de sus peroratas sólo nos deja la impresión de un energúmeno. En literatura es el trastornador de todos los géneros y especies: un *batidor* infatigable de lo bueno y de lo malo, de lo bello y de lo feo, de lo grande y de lo pequeño. Si alguna vez mueren las Letras y consistiera su resurrección el hacer de ellas un *champuz*, concederemos gustosos en inmortalizar el nombre de Don Juan Montalvo, cediéndole la palma de ser el primer *champucero* de la humana sabiduría. ¿Qué fuera del Ecuador con la práctica de las teorías de este mentecato? ¡Pobre Religión! ¡pobre Estado! ¡¡¡Sería la Esparta de los Ilotas! ¡la civilización ruda y feroz de la barbarie!!!

Vaya esto de incidente.

Ni superioridad de talento, ni ingenio alguno

en la invención, ni gusto siquiera literario para ensartar baladronadas ridículas en uno que otro trozo de ajeno pensamiento, ved ahí, lectores, el todo de los Siete Tratados de Don Juan Montalvo. Al acabar de leer esa obra voluminosa se cree ver á un hombre desocupado de todo lo serio y sabio entregarse á esas bajezas donde el insulto grosero y ruin, único talento que concedemos á este protagonista *de chichería*, es el objeto final de un escritor de cocina. Sátiras infamantes: sardónicos cuadros de una alma vil y que le agrada arrastrarse por el fango; dislocación de lo que llamamos cuerpo de ruindad en las letras; blasfemias impudentes sembradas por aquí y por allí como brazos que sobrenadan en un lugar de suciedades; contradicciones sin fin en todo el enlace de lo que dice este furioso chapurreador ántes de folletos y hoy de *tratados inconexos* y últimamente una serie de historietas falsas, inverosímiles y que chocan con los pechos, forman el complejo de los Siete Tratados. . . . Hizó bién el escritor, que analizaremos más luego, en darle el nombre del número siete; por que ese es el símbolo del embolismo más pujante. Escribió en siete tratados las siete mil tonterías que se le ocurren á este dementado hablita, como Torquemada y Picco de la Mirandola abrazaron la ciencia humana y sus fábulas en veinte y tantos valumenes de á folio.

Una gloria le queda á este escritor inmoral y de pésimo gusto; el sentimiento de la literatura sin gota de lo que se llama el talento y el genio de ella. Hoy las letras muertas para el talento verdadero, se go-

zan siquiera en la gerga de antiguallos de nuestra habla. Un tonto que se aprenda de memoria y ensarte en sus malísimas y triviales producciones muchos nombres olvidados y multitud de modismos vetustos de la lengua del Cid campeador, es entre nosotros uno de los siete Sabios de Grecia. Quiere decir que Montalvo es en la esfera de los talentos lo que la tabla rusa de Loke: cosa material y á lo más sensitiva como las mesas rodadoras de los Mesmeristas. Que el buen hombre deje de querer volar en la esfera de la inteligencia con alas de cera. El genio solo se cierne en esas alturas á donde se llega con la penetración, el estudio y las grandes concepciones. Ya que no ha tenido educación literaria, ni posee criterio ni elevación para hacerse grande con lo que lee de los antiguos, debe ocuparse en pasar de maestro de gramática de niños de la edad media. Para maestro de escuela no tendría precio el Señor Don Juan Montalvo miembro correspondiente de la Academia de gramática de España.

Para que la inmoralidad no solo trastornace el entendimiento del Pueblo por el hombre que acabamos de bosquejar, sino que fuese derecho, como una daga, á traspasar su corazón nos vemos en la obligación de hacer conocer en el desventurado Veintemilla al funesto corruptor de la Nación Ecuatoriana. ¡Pestilencia horrible y sercreta que inficionando todo el país mató tácitamente, entre el bullicioso clamoreo de los vicios mil gérmenes de inocencia, de virtud y de honor!

Tracemos con tristeza y dolor su figura y sus

hechos. Si es excesiva la vergüenza que sentimos al recordarlo como compatriota nuestro, todavía solo el despecho puede llevarnos á haberlo soportado como el mayor de los castigos.

Empezó este Magistrado su deplorable administración por una perfidia consumada, el ocho de Setiembre, y afiló su alma para la impunidad con el mayor de los delitos, según es voz popular, un asesinato sacrílego. Este doble crimen si el último lo cometió fué por precaución; pues su espíritu solo tenía el habito desde mcozo de temblar ante el espectro de la miseria y del hambre. Todas sus ambiciones, planes, política y suprema razón de estado se concentraban, como radios, en un sólo centro: saciar el hambre. En el diccionario de los malvados este es un malvado clásico y sin émulos.

Los demás multiplican sus crímenes para ser dichosos, este sacrificó las virtudes y aun se vio talvez obligado á violar los mismos vicios para saciar su necesidad única, el hambre. Sin oficio ni beneficio; inepto para todo cargo honroso; sin energía para consumirse en su propia nulidad; tomó toda la fuerza del mal en pro de su vagancia, é hizo servir lo más santo y sagrado que tiene el hombre al instinto de una avaricia en él omnipotente. Por siete años sin más títulos que el del latrocinio en grande, ha mostrado el extraño talento del robo hasta una perfección desconocida.

La Religión y la Patria fueron para él objetos de robo; las Leyes, principios constitucionales de robo; su gobierno, proyectos de robo; la Convención de

Ambato, el garito del robo; sus proclamas, excitaciones públicas de robo; sus órdenes, edictos formales de robo; el erario público, su caja de ahorros de robo: y llevó á tal extremo la petulancia blasfema, que en un mensaje presidencial se atrevió á decir: "que daba gracias á la Divina Providencia, por lo mucho que le habia ayudado *en el robo!*..... Es enteramente nuevo el que se caracterice á un individuo por especies y géneros, que son siempre universales: Veintemilla no se presta al análisis, porque en él es todo síntesis, y la inmensa esfera de crímenes que otros cometieron en su nombre, ruedan sobre él y se transfunden en su cualidad esencial, el robo.

Un insensato poderoso es rayo devastador para una nación. Así la fama que ha querido dejar entre nosotros es la memoria de nuestras desgracias y las ruinas de una Patria que convirtió en escombros. Insensible á la gratitud, fué el enemigo pertinaz de toda idea noble ó generosa. Tan distante de la virtud por amor, como por cobardía de toda humanidad fué su conato el llegar á ser el autor de todos los males.

Por desgracia de los tiempos, sin embargo, y, más aun, por la clase y condición de los hombres de quienes se vió rodeado, no tuvo talvez posibilidad de mostrar en público algunas virtudes, de que se hallan dotados en el fondo los hombres más criminales del mundo. Corramos un velo sobre sus demás defectos, por que no pretendemos se enzañe la posteridad al recordarlos para maldecir su memoria.

Si llevamos hecha la pintura que precede, solo la hacemos en fuerza de la verdad que nos manda señalar la causa de nuestros infortunios. Más claro aun; y sirva esto de vindicación de nuestra conducta y de nuestras miras ante los amigos de este Magistrado caído. Cuando hemos cargado la mano sobre los defectos de Veintemilla, no lo retratamos á él, retratamos, sí, *al partido Radical* que lo pervirtió, y ponemos en claro la formación que hace esa bandería en el corazón y la mente del hombre, por sencillo y bien intencionado que sea, una vez puesto en el poder. Una estatua puede ser obra maestra del arte y de una materia preciosa; pero enlodada, destrozada y sucia se la considera como un tronco abominable. El *Liberalismo radical* es la política de los medios términos en lo bueno, lo que equivale á mostrarse cobarde é inepto para la virtud: pero para el mal, es la política de la desvergüenza, por que toca los extremos de la inmoralidad y va más allá de los vallados en que se detiene el mismo vicio. ¡Desgraciado del hombre de Estado que se preste débil á contentarlo; hará de él un foragido de un justo, y de un angel le convertirá en demonio. Veintemilla cayó en este lazo, como hubiera podido caer cualquier otro. Verdadera desgracia es para quien escribe, tener que hacerlo cuando la Patria solo presenta el escenario de los escándalos.

A cuanta suma de desgracias alcanzó, en efecto su pérfida administración! ¡La Religión lloró en él la inmoralidad general de su pueblo: la Huma-

nidad diez mil víctimas rebotando en charcos de sangre por los campos de batalla : la Justicia treinta y veinte millones de pesos, y la Patria temblorosa y desfallecida lamentó con gemido desgarrador la pérdida de su inocencia, de su honor y hasta del último lampo de su gloria ! Con él desaparecieron las artes ; atacó el lustre de las Ciencias, y, ya que no pudo extinguir su foco luminoso, ultrajó con soldadescos vejámenes á la noble juventud, y convirtió en un campo erial el jardín precioso y tierno de la niñez católica, entregándola en los brazos del ocio y del escándalo. ¡¡¡Radicales, Regeneradores, Traidores todos del ocho de Setiembre, y de hoy veos en Veintemilla el monumento de baldon que fabricasteis para vuestra Patria!!! ¡¡¡Vuestra obra es; la hicieron vuestras manos!!! ¡¡¡Y cuando la Religión augusta orando sobre la cumbre del Horeb de su Sacerdocio divino derramaba á torrentes haces brilladoras de claridad que salvaba á nuestro pueblo escogido, vosotros levantabais ese Becerro, y postrados en tierra le cubrias con el humo de vuestras infames adoraciones!!!

Con menores elementos de devastación nuestro país debió ser talado y destruido por completo : no fue así. El Ecuador pudo ser humillado, escarnecido, pisoteado talvez, pero jamás vencido. Su fé inquebrantable lo salva siempre, y su heroismo religioso prestándole sus poderosas alas, fuga las apiñadas nubes del mal y se lanza en los espacios para unificarse con ese Sol brillante de la Iglesia, suspendido en los serenos cielos, y á cuyo torno giran, co-

mo los planetas, todos los imperios y naciones del mundo.

Es propio de la Iglesia Católica purificarse con la tribulación, renacer más vigorosa en la persecución crecer en los peligros, agigantarse y volverse invencible en los combates, y hacer, ¡maravillosa providencia! sentir el poder de su brazo cabalmente en los momentos en que la impiedad ó el vicio triunfantes le lanzan una mirada de befa ó de desden. La maldad subiendo al trono en nuestro país sube al patíbulo: el día en que se sonríe el libertinage y la inmoralidad, ése es el día de bajar para siempre á su tumba.

La moral se salvó en el Ecuador, y se salvó únicamente por la Iglesia en uno de sus Pastores eminentes, llamado por la Providencia á ejercer con sus heroicos hermanos en el Episcopado la grande y sublime misión de hacer brotar lumbres de honestidad y de pureza del seno de nuestras tinieblas políticas. Un Pueblo que, como el nuestro, ve representada la virtud y la santidad viviendo de las genuinas fuentes de su ser, no tarda en ser testigo de proezas sobrenaturales y de abrazar por amor una fé que le arrastra entusiasmado á conformarse en sus costumbres con la norma elevada de la moral cristiana. Asi ha visto y hoy contempla en el alto Clero ilustrado y piadoso dignos sucesores de los Apóstoles; defensores infatigables de los derechos divinos; propagadores celosos é impertérritos de las austeras verdades del Evangelio con el ejemplo; enemigos acérrimos de sus temporalidades, ricos

para los pobres, indigentes para consigo mismos; mansos y humildes de corazón..... en una palabra Obispos, á quienes recordaba cierto grande hombre en medio de una asamblea general de la Iglesia, de oro purísimo abrazados de una cruz de madera..... Imposible es que con tales Pastores no salte á los ojos aquellas dotes de piedad, modestia y severidad de costumbres en el clero de segundo orden, el que por desgracia en pasados tiempos, no estuvo libre de esas debilidades que deshonoran á los ministros del Dios vivo.

Con la aplicación de la justicia que reclaman para sí las virtudes, talento y méritos del sacerdocio, ocuparán sus individuos el puesto que les corresponde en el Santuario, cesando esas anomalías y discordancias á que dan lugar la amistad ó el favor humanos. Cuando hay orden en la casa de Dios, entonces es cuando la Iglesia se eleva brillante sobre todo lo humano empuñando el centro triunfador, al que venerará sumiso el último de los siglos.

¿Quién encumbrará la divina Religión á tan sublime poderío? ¿Quién ha recibido esta misión sobrehumana que tiene por término la dominación absoluta del catolicismo en nuestra Nación? ¡Creemos con viva confianza que es y lo será con el Episcopado el Ilustrísimo Ordóñez, su digno Metropolitano!

Hombre dotado por el cielo de una energía y actividad sorprendentes, lleno de sabiduría y de ciencia que le hacen hábil para el manejo de los ne-

gocios eclesiásticos y de un temple de alma que, dejando bajo de sí las medianías, aspira y vuela á lo grande, es el más adecuado para dirigir las riendas de la moral religiosa y alzar á la Iglesia Ecuatoriana al rango, inaccesible á otro poder, de Redentora de las costumbres y hábitos sociales de nuestro País. Bajo su dirección el clero asumirá una autoridad respetable á los buenos y temible á los malvados.

Quando en adelante se quiera inculcar principios antireligiosos ó discutirse teorías inmorales y corruptoras, no quedarán los Sacerdotes en vergonzoso silencio; pues que amaestrados en el estudio profundo de las ciencias sagradas y profanas, sabrán con acierto defender victoriosamente la verdad y hacer morder el polvo de su ignorancia al error.

Por este silencio es que en nuestro País, tan católico y el mejor arraigado en sus creencias religiosas, tienen derecho de impunidad, y hasta de triunfo, ciertos *politiquillos* audaces y depravados para escribir y propalar los mayores desatinos contra el dogma, moral y costumbres disciplinares de la Santa Iglesia. No pretendemos deslustrar en lo más mínimo el carácter augusto que veneramos en el Clero; pero sí nos extraña la inacción á que se reduce con frecuencia en momentos en que el oleage de la impiedad y del ateismo político brama sobre nosotros, amenazando sorbernos en el fango de la corrupción, ; carácter típico de nuestro Siglo infeliz!

Si nuestro Pueblo no hubiese sabido orar con

sus Pastores, tiempo há, que habríamos perdido nuestra Fe, abrazando en vez de la verdad y de la doctrina sana, cual lo expresa el Apóstol, las fábulas erróneas y mentirosas del Mal. ¡Dios no contaría talvez en nosotros un Reino!

La defensa religiosa, de tiempo en tiempo, corre por cuenta de seculares católicos: á sus plumas debe la Religión y la Moral sus verdaderas y triunfantes apologías. Sin embargo, jamás, ó rara vez, una pluma secular es competente para tratar con profundidad y exactitud teológicas materias tan elevadas, y para cuyo conocimiento es corta la vida del sabio. ¡¡¡ Y no sería esto insoportable vergüenza para los que han recibido autoridad y dones celestes en pró de la Fe!!!

¡ Todos los pillos libertinos de nuestra sociedad y de nuestros tiempos ocultan un sentimiento de desprecio, y tienen siempre pronta una mirada de desdén contra el Sacerdocio Nacional; porque lo juzgan ignorante y, talvez, corrompido!

Contra la realidad no hay argumentos; y es sensibilísimo oírles referir y palpar uno mismo los hechos, en los que la majestad del Sacerdocio se envuelve en el oprobio, y se cubre de vergüenza con el manto del idiota ante las más tristes objeciones del pedantismo irreligioso. Son pocos, poquísimos sin duda, los que restan como reliquias de la antigua sencillez piadosa y escasamente ilustrada de nuestros antecesores; pero por el acendrado amor con que descamos el decoro y la respetable dignidad de la Iglesia, sentimos que lo santo y venerando so

halle expuesto á la burla y desacato de la inbecilidad y estupidez de los malvados. Un Clero virtuoso y sabio es el único que representa dignamente la ilustrada piedad de un Pueblo religioso y moral.

La Fé se nos habia entregado antes de ahora para solo creer, y muy poco para que viviésemos en ella y con ella por las obras. Era como un Estadio abandonado, donde rara vez se veían luchadores y casi nunca corredores que anhelasen tocar la meta. Faltaba el impulso de la actividad que animase nuestro cuerpo creyente; no habia sabia jugosa de vida; ¡y ese Arbol de la Religión que debia cobijarnos con su benéfica sombra, solo se vestia de follaje; pero, cual la higuera del Evangelio, no daba ni flores ni frutos! ¡Gracias á la gloriosa Compañía de Jesús y á otras Órdenes religiosas que limpiaron ese árbol de obstáculos extraños, y á efecto de sus afanes empezó á fructificar nueva y poderosamente! Más estos trabajadores eran extranjeros para nosotros.

Les debemos el ejemplo de un deber cumplido. ¡Por este don merece memoria eterna de gratitud el más bondadoso y noblemente cristiano de nuestros santos Tiranos García Moreno! ¡Que no duerma pues el Clero, como antes, en la mitad del día el sueño de los sepulcros! Si ellos con la savia inagotable de la vida cristiana, que no se adhieran, como exóticas plantas al árbol de la augusta Religión, para crecer inútil y hasta sacrílegamente de su jugo. ¿Cómo pueden llamarse Operarios los que no trabajan? ¿Con que título ó derecho optan una paga del Santuario, al que no sirven? Las preben-

das y beneficios eclesiásticos, puestos son, no de honor, y sí de acción, de fatiga y de heroicidad. Los representantes primogénitos del poder y ministerio de la Iglesia no reciben dinero en este mundo para la holganza; su corona y su paga la tienen en los Cielos. ¡Qué gozo y satisfacción nos causa el ver al Clero de hoy alzado sobre el zenit, y tocando la meta de sus elevados destinos!

Prosigamos. En todas las Naciones del globo la moral de los pueblos es la ilación estrictamente lógica de la santidad del Sacerdocio. Existe en nosotros un fenómeno maravilloso: el que no seamos tan malos cual debiéramos serlo.

Los rápidos é inesperados contrastes de nuestra política, en la que ruedan como en torbellino los que podemos llamar nuestros Magnates, y la acción lenta, trabajosa y difícil de nuestro Pueblo en ganarse el pan cotidiano de su sustento, no disminuyen nuestra fé religiosa sino que la aumentan y fortifican con la adversidad. Esta que es el borde de un abismo donde se derrumban por la desesperación las demás naciones, viene á ser para la nuestra la primera escala de su sostén y salvación. Es una obra de la Providencia, que debemos venerar con amor. Si nuestra riqueza, industrial y comercial fuese tal que tentase la codicia de los pueblos extranjeros, tiempo ha, que habríamos descendido á la degradación moral en que ellos viven. La civilización material si es enemiga de nuestra pobreza, debe serlo también de nuestra moral; y cabalmente nuestra economía social nos pone en la cumbre de la moralidad, por que somos

los más pobres del mundo. Empero, así como de la pobreza á la miseria no hay más que un paso de retroceso, así tambien de una moral negativa, si se quiere, por carecer de ocasiones de lucha y de firmeza, al desórden solo hay una línea que los separa. El pueblo demasiado libre las confunde á menudo; por que faltan leyes para su represión.

Una Tiranía corruptora de un País deja abiertas de par en par las puertas del libertinaje al Pueblo á quien despotiza. La libertad del crimen y del vicio bailan, entonces, sobre los mantos de púrpura de la Justicia y del Honor. ¡Conquista bárbara y cruel para las buenas costumbres! El Poder público dió de mano y despidió de la esfera de sus cuidados la moral pura del hogar doméstico, del que numéricamente fluye el orden social general. Solo se entendió en evitar con la fuerza el escándalo que se multiplicaba por todas partes.

Fácilmente se dejó á la Iglesia la incumbencia de vigilar sobre la conservación y sostenimiento de este grande é imprescindible resorte que influye en la decisiva ventura de las Naciones cristianas. A la Religión compete esta tarea, en la que debe envolver, regenerándola, á toda la gerarquía de nuestra sociedad.

Bajo este punto de vista, y desde donde, como de cúspide de elevada atalaya, se descubre la inmensa zona de nuessras necesidades morales, ningún personaje sagrado descuella más alto y grandioso, más poderoso é imponente que el Ilmo. Señor Ordoñez.

Colocado en el solio de Príncipe primado de nues-

tra Iglesia, sabrá con sus dignos cooperadores en el Episcopado, llenar nuestro horizonte de luz inextinguible, á cuyo calor se restaurará brillante nuestro porvenir católico y civilizador. Por su sabiduría será guiado el Clero con tesson al Templo de la ciencia moderna, posición estratégica que hoy debe ocupar contra los temerarios enemigos de la verdad religiosa.

Se ha pasado ya la época de la burla sacrílega de los Enciclopedistas volterianos. Hoy la Religión es atacada por el ateísmo impuro de *libertinos racionalistas, comunistas y nihilistas* convertidos por su soberbia en materia empodrecida, y muy especialmente por una turba de *naturalistas idiotas* que, como ladrones rateros, hurtan de aquí para allá en nuestro Planeta fenómenos dislocados, para formar, de ellos absurdos sistemas ó suposiciones incoherentes, á que dan el nombre de *Ciencia*. ; Que la Razón se ponga en pugna con lo sobrenatural y divino, crimen es, pero talvez perdonable; más que nuestros Geólogos modernos crean pelear contra el Cielo escarbando tierra, como los escarabajos, es lo más insensato que puede imaginarse en cerebro humano! ;;; Y á estos palurdos, á quienes la inteligencia y el buen sentido los han condenado como á imbeciles, se les da hoy el título indisputable de *sabios* cuando no se les puede aplicar otro noma que el de *Ronanceros mentecatos* de la naturaleza, qué ignoran!!!.....

Alguna que otra página del gran Libro de la Creación está abierta á nuestros ojos; lo inmenso, que nos falta que ver, es un volumen cerrado perpetuamente á los tiempos, y solo claro y brillante en la

eternidad.

Aquí tropezamos con un sabio de oídas el Ciego de Ambato: dos palabras sobre él, para que no se diga que le olvidamos.

Días ha que este comentador curioso de lo poco que oye leer, lanzó en contra de las verdades de la Biblia por odio de la Iglesia una trivialidad geológica, ó mejor diremos, una tunantada insustancial y ridícula. Ha crecido penetrar en su imaginación extraviada la ciencia profunda y vasta de la Cosmogonía, sin caer en cuenta que el pobre no ha oído leer ni siquiera su *almanaque*. Si el buen hombre hubiese contado entre sus progenitores á un Lalande, á un Laplace, á un Herschel, á un Arago ó á un Leverriere, convenido que se meta en tales honduras; pero solo perteneciendo á la familia Ecuatoriana, que recién, como el infante, hace esfuerzos por dar los primeros pasos en la via de las ciencias, no hay para qué gastar el tiempo en refutarle.....

A esta clase de sabios ignorantes ó de sabios presuntuosos hay que cogerlos en sus propios apostaderos. Así como las costas cubiertas por perpetuas nieblas son áridas y estériles; así no hay mejor indicio de la ignorancia convertida en ciencia que el envolverse con el manto del misterio, dentro del cual no hay más que sombras, el vacío, la nada. Semejantes estos embaucadores de nuestros Pueblos á los mentirosos oráculos de los idólatras antiguos, son idénticos en sus planes: conducir al Mundo y sumergirlo en un verdadero caos.

La Iglesia posee tesoros de inagotable caridad; porque es el único fecundo manantial del Bien. Una de las primeras necesidades del Pueblo es la instrucción intelectual, moral y religiosa, abandonadas por completo. Crear esta instrucción, tan imprescindible para la moral social, en los Obispos por la activa cooperación del Clero en favor de la niñez, es la aureola de gloria que cercará la frente del ilustre Arzobispo de Quito. Cualquier orden de cosas que se inicie por nuestros gobernantes civiles, siempre será cierto, que la infancia y adolescencia desvalidas buscarán su amparo en el seno de la Iglesia. Ella sabrá formar en estos, verdaderos creyentes, ciudadanos virtuosos y hasta, si es necesario, héroes, como los del 10 de Enero

Sabemos ya, que la manera diabólicamente magistral para formar un Pueblo ateo, inmoral y corrompido hasta más allá de la bestialidad, basta, como en Francia, la secularización de la instrucción primaria y secundaria. En nuestros gobiernos Hispano-Americanos, y es deplorable el asegurarlo, existe una proclividad insensata en imitar todo lo absurdo y malo que nos llega de allende de los mares: ¡confesión tácita de nuestra ingénita barbarie! Toda locura Europea que se nos regala en nombre del Progreso, encuentra entusiasta acogida entre los Monomaniacos de nuestros Gabinetes. Las Repúblicas del Sur, por lo general, son laboratorios incessantes, donde se ensayan todas las necedades y disparates modernos. Razón hay para que Naciones más cuerdas y prudentes hallen en nosotros motivos

de lástima y de burla. ¡Tan cierto es, que donde no domina libre y omnímodamente la Religión, única civilizadora del Mundo, no queda á las Naciones más que la tiranía de la barbarie, que es un verdugo, y ellas mismas, por final, sus postreras víctimas!

Hemos dado suficiente ampliación á esta materia; hablemos ahora algo de nuestra vida social y política.

III.

Ninguna mirada humana puede fijarse en nosotros sin que la conmiseración y la vergüenza le cierran sus párpados. Nuestra Constitución social deficiente, unida á los vertiginosos trastornos de nuestra corta pero horrible carrera política, nos ponen en la condición desesperada de esa lucha suprema de un cadáver que ha sucumbido á la muerte en la cuna misma de la vida.

Dícese, desde que estamos constituidos en República, que somos Nación libre, soberana, independiente; todo esto es falso.

Somos positiva, real y definitivamente: una Asociación de individuos que tiene la *Fatalidad* por principio, y por término el *Acaso*. En la acción política, á que nos vemos sujetos desde la independencia colonial, cesa de existir la correlación íntima y de necesidad metafísica entre la autoridad y la sociedad; entre el poder y sus súbditos; entre el que manda y los que obedecen. El Filósofo de Ginebra imaginó que las tinieblas originaban la luz, y puso

por causa de la Autoridad la masa rebelde de los Pueblos, saliendo de su pacto social la soñada fuente de nuestros Gobiernos democráticos.

Nosotros que buscamos con delirio la forma de las cosas y nunca su sustancia, nos hemos quedado con el nombre de Republicanos, gozándonos de que ese Pacto social se practique al revez. Primero ve la luz en nuestra Política el que manda, que el que obedece; y con mucho es anterior el gobernante que el gobernado. No somos pues una Sociedad perfecta civil, y pasamos como una anomalía en la marcha de los Pueblos civilizados. Podía decirse con exactitud y verdad, que á lo más somos un bello desorden; porque el nombre sagrado de Patria, que nos exalta y vuelve capaces de todo lo bueno, se ve obligada á cubrir nuestras ignominias, como el Genio poético tapa con su entusiasmo lírico sus incoherencias y locuras.

Con todo, si somos un complejo de individuos á quien la Autoridad empuja á marchar continuamente tras de una ventura desconocida, y que solo es obra de la ficción; debemos, para ser y existir, tener lazos que realmente nos acerquen y estrechen á formar la unidad de un Cuerpo moral, sin los que no podríamos llamarnos Asociación siquiera de República.

Tenemos, pues, ó debiéramos tener, Constitución y Leyes patrias, de donde, naciendo esa Ada peregrina que apellidamos Pueblo Soberano, crease el gobierno electivo, responsable y alternativo en su triple poder legislativo, judicial y ejecutivo; de cuya

pujante influencia y dominio en el Cuerpo social resultase la vida, la riqueza, el poderío y la grandeza de nuestra Nación. ¡Todo esto hemos aspirado á poseer vanamente, y fuera mejor que no fuésemos dueños de nada, ya que, por miseria, sólo somos dueños de la mentira! Veámoslo.

El Presidente ó Jefe del Estado, para ser constitucional, es preciso que sea elegido por la Representación nacional. ¿Cuál Presidente ha sido entre nosotros constituido en el poder por el voto del Pueblo? Si la memoria no nos engaña hasta ahora ninguno. Exceptuamos los treinta y nueve mil votos en favor de Borrero que llovieron sobre las urnas electorales, para convertirse después en treinta y nueve mil *ratas radicales* que plagaron nuestro Egipto Nacional. Una turba de hipócritas solapados ó de viles aduladores juegan la farsa de elevar á la Suprema Magistratura, al más audaz ó al más ambicioso de nuestros Ciudadanos.

El primero de los puestos, por lo general, ha pertenecido por derecho de conquista al primero de los Espadones; y cual si el santuario de la Patria no fuese el Templo de la paz y de la gloria, lo han convertido nuestros hombres de guerra en un lupanar de cuartel, ó en un ruidoso y humeante campo de batalla.

Acontece entre nosotros un suceso, que no está por demás el notarlo, y que viene repitiéndose, como tema obligado de nuestra astucia en política, de generación en generación. Tres ó cuatro familias aristocráticas, lo dice el Pueblo, compuestas de perso-

mas honorables, y no dudamos en asegurarlo, hasta buenas y virtuosas, han hecho entre sí su convención ó Pacto social de Rousseau, con resultados brillantes y decisivos. .

Consiste este pacto doméstico, y sin duda, lleno de talento, en estudiar el color político de nuestros Presidentes, para dividirse ostensiblemente en agrupamientos, y prestarse la mano con mucha cordialidad, cuando el caso lo requiere.

Como no hay en nuestra política más que los colores *Rojo-liberal* ó *Blanco-conservador*; estas familias forman dos grupos que, sin disputarse ni faltarse jamás á las consideraciones debidas, se adueñan y reparten los puestos públicos y cargos lucrativos, según conforme sea el Gobierno que les manda. Cuando á una parte le toca ser Vergonzante, á la otra le toca ser Limosnara; y si esta última cae en la indignidad, le pertenece á la primera, ya levantada, hacer el papel de Protectora. Con esta política ingeniosa existe siempre una caja de ahorros para vivir sobradamente del Erario público.—Y no hay necesidad Nacional, ni consideraciones extremas, ni altas razones de Estado que jamás saquen á estas gentes de sus quicios. Tienen confianza é inquebrantable fé de que el Gobierno les pertenece de derecho, por vía de sucesión de arriba abajo, y de abajo arriba. Es un columpio bien amarrado del Arbol de la libertad que los mece con blandura, y que en el semicírculo aéreo que les contenta recorrer, apenas tocan rozando con ligero pié la superficie del vulgo.

El Pueblo está cansado de ellos; los desecha la

Juventud, que se ha vuelto viril, y á quien han tenido y se obstinan en tener, bajo el yugo de un eterno pupilaje. La edad vetusta misma que los carcome, y que los empuja como brozas á las orillas del sepulcro el aluvión pujante del Progreso, nada les conmueve á abandonar voluntariamente sus puestos: y hemos visto á estos Autómatas de la vejez con bordon en mano entrar y salir de las oficinas del Gobierno, hasta que se inclinan para pagar el último tributo de la existencia. ¡ Con vida tan bella, lástima es que no sean inmortales! Volvamos á nuestro asunto.

El Presidente, de hecho existe, antes del voto popular; pues él ha elegido de antemano á los que lo han de elevar al Solio, é indefectiblemente lo elevan. La libertad del sufragio; la inviolabilidad del ciudadano al cumplir con el más sagrado de los deberes, el de elegir el Supremo Magistrado que lleve las riendas de un gobierno democrático, son palabras insulsas, sin sentido ni aplicación práctica posible en nuestro laboratorio de gobernantes.

Sin embargo, jamás faltan los accidentes para sancionar y hacer mas completa esta indecente superchería. Hay urnas electorales y quienes cuiden de la veracidad de inscribir su voto; y resulta que todo se varía en favor del que quiso ser Presidente, y juró serlo. ¿ Y quién se atrevería á pugnar contra la omnipotencia del que cumple con el deber de subir al mando, antes de las elecciones? Es cosa común ver á nuestros Presidentes que en torno de nuestras Chozas nos gritan con el mismo orgullo de

Luis XIV en sus Alcázares: ¡El Ecuador soy Yo!

¡No hay País en la redondez de la tierra, donde pueda entronizarse la tiranía con más facilidad que en el Ecuador! Un Pueblo nacido entre las tempestades de revoluciones demagógicas, con tendencias é instintos hácia una libertad que se desvanece entre las brumas del desórden, que ha llegado á serle habitual; su paz, ventura y felicidad viene á serle el escarnio de la Fortuna ante la realidad de su esclavitud y opresión perpetuas.

Lo último que se pierde es la esperanza, y un País decepcionado indefinidamente se lanza por despecho á los brazos de la Anarquía. ¡Cosa increíble, ésta ha sido la forma de nuestro gobierno! La tiranía anárquica por lo menos no tiene cuerpo visible, aunque oculte en su cuerpo moral todas las desgracias y crímenes de la tierra. Aceptamos á ésta y deshechamos con la heroicidad de la desesperación el despotismo. La mejor de las tiranías, si es que pueda haberla en su acepción rigurosa y genuina: la tiranía del orden, de la represión y del castigo nos iba dando vida, prosperidad, honor y grandeza; pero esa tiranía, que no es más que la energía del Bien, desapareció con su Caudillo bajo una loza sepulcral regada con sangre.....

Nuestra Constitución, decimos mal; nuestras Constituciones, peor; nuestra falta de Constitución en tantas y diversas Constituciones, nos han obligado á quedarnos estacionarios é inermes en el primer día de la cuna de los Pueblos, de donde talvez no saldremos jamás. El insensato prurito de variar en

cada Congreso de leyes, nos desnuda de la racionalidad de tenerlas fijas y estables; esto es, nos reducen á ser un Conjunto de individuos, que como los muchachos de escuela, estamos siempre edificando Constituciones de arena, cual ellos edifican casillas de lodo. Ni puede esto suceder de otro modo.

¿Quiénes son, en efecto, los que en mayoría concurren y forman nuestros Cuerpos legislativos? Ni se sueñe pensar hallar en ellos hombres de experiencia en los negocios; profundos conocedores de las necesidades de su país; sabios intérpretes del derecho; espíritus impregnados en la ciencia del deber; diplomáticos creados en la escuela de la meditacion y campos de la política: nada de eso. Nuestros Congresistas por lo común, ó son gentes que han consumido su vida en las campañas de taberna, ó pedantes maliciosos que legislan con el cinismo de la ignorancia, ó hacendados, las mas veces honrados, que se envejecen en las tareas sencillas y apacibles de sus campiñas. Un complejo de ingenuidad y malignidad, igualmente ignorantes, jamás podrán siquiera poner la primera piedra de nuestro edificio social. Hay honrosas excepciones, no lo negamos. La sabiduría, la ciencia y la virtud dan brilladoras luces en muchos de sus individuos; pero son relámpagos que resplandecen súbitos en la tenebrosa noche que cubre nuestras constituciones. Historiamos, además, no lo poco bueno que tenemos y podamos tener sino lo mucho malo que nos afige y avergüenza.

Con esta clase de elementos ya se adivinará las buenas piezas que saldrán nuestras Constituciones;

más, por dicha, su ninguna duración é insuficiencia en la práctica, nos ahora del sonrojo natural de verlas publicadas entre las Naciones civilizadas.

Estamos por decir, y lo aseguramos sin embozo; porque la justicia y la verdad jamás pierden sus fueros, aunque la ingratitud y el olvido, siempre ruines, se obstinan por la perfidia á no entrar nunca en los límites nobles del reconocimiento. ¡La Patria debe á Flores una cuna de honor, de gloria y de respeto entre las Naciones soberanas é independientes; mientras que las indignas manos de los que teniau confiada la adolescencia de esa noble Vírgen, la han prostituido lanzándola á los brazos de la demagogia y del crimen!...

Nuestra Palestra de discusión que abre de par en par las puertas de oro, para que el Genio entre á dominar en el santuario de la elocuencia Parlamentaria, y que ha dado inmortalidad merecida á Naciones secularmente constituidas, como la Inglaterra y la Francia, se verá, también, entre nosotros que debe estar restringida á estrechísimos límites.

Se discute talvez sin saber lo que se discute; pero en cambio, cuanto más se ignora, se discute con mayor osadía y calor febril. Así, donde deben entrar el talento, la perspicacia y la penetración, tienen el lugar de preferencia y la voz las pasiones arraigadas por una ignorancia ciega y atrevida. ¡Hemos visto, más de una vez, Congresistas entrando á sus habitaciones fatigados, acalorados y medio locos de entusiasmo, sin que pudiesen darse cuenta del por qué! Esta petulancia bochornosa de los Represen-

tantes de la voluntad Nacional nos está aleccionando y arrebatándonos hasta la esperanza de ser algún día un Pueblo constituido. No tenemos, pues, ni podemos tener elocuencia parlamentaria propia.

Algunos nos recuerdan las arengas incipientes de nuestros antepasados en el tiempo de la *Patria Boba*; pero esas producciones sólo pertenecen á la época *siluriana* de nuestra vida política, y merecen un aparador separado en nuestro museo de historia natural.....

Hombres ilustres, inspirados, de gran fuerza de voluntad y de vehemencia poderosa, que siempre acompaña al genio, podemos talvez tenerlos en el partido Conservador, como brazas encendidas bajo las cenizas candentes de los que ya no existen, y recordamos sus nombres con veneración; pero en el partido ó facción Radical ó ultra-liberal, no hay ni asomo de hallarlos. La verdad nos obliga á abatir nuestros rostros bajo el yugo de la humillación. Hemos conocido á un hombre de Estado, quien no sabia redactar una carta de índole privada, sin una catterva de disparates ortográficos; Ministro hubo de Hacienda, á quien se le devolvian sus disposiciones por no estar conformes á las primeras nociones y formalidades del ramo: aun más, existió todo un Presidente de la República que ignoraba por completo las leyes patrias.... ¿Pero para qué recordar estas pasajeras deshonras, cuando hemos tenido por baldón de nuestra infamia á Veintemilla que no sabia leer, y sí apenas firmar borrajando su nombre? En el partido ultra-liberal, se nos presenta eminente-

cias de la talla de Don Pedro Carbo y de Don Juan Montalvo. Antes hemos hablado de este Quijote moderno tan escaso de hidalguia, como sobrado de ruin malignidad.

¡Don Pedro Carbo! Hombre, dicen sus partidarios, probo, austero, de rígidas costumbres republicanas: nosotros decimos que todo esto puede ser, pero menos hombre de Estado. ¿Cuánto puede esperar la República de un sugeto que ha sido diputado varias veces?; cualquier tonto puede serlo entre nosotros. Ha sido presidente del Senado y Municipio de Guayaquil: Urbina y otros y otros de los zánganos desocupados de esa Provincia también lo han sido. Que es el único que posee una vasta instrucción política de nuestro País: concedemos que sea un sabio en nuestra *Cartilla* de inmoralidad y revueltas sociales en que hemos vivido penando. Que en toda la extensión de la palabra es el hombre público de nuestra actualidad: bien desempeñó el papel de tal siendo Ministro General del pérfido Veintemilla en la Capital. Que es el que alzaría el País de su postración por conocer á fondo sus necesidades: como la necesidad de la secularización de los bienes eclesiásticos; la abolición del fuero; la supresión de las Ordenes Religiosas; la absoluta libertad de la prensa, y la implantación, ó mejor, inserción del Paganismo politeista en una Nación Católica. ¡¡¡Excelente República, en la que se sacrificaría todo lo grande, sublime y bello de la Sociedad, para que alzasen sobre ella su cabeza disforme lo pequeño, lo ruin y lo monstruoso!!! Al

tal hombre podemos relegarlo con su oscura senectud á ser uno de esos *Mitos liberalescos*, que recuerde en su infancia con terror la quincuagésima de nuestras generaciones.....

¡Convenzámonos con la ira del despecho y la indignación de un pudor innmercidamente deshonorado, que aun no somos un Pueblo, ni formamos una Nación en el rol de las sociedades civilizadas! ¡Cuándo otras Naciones grandes y ricas, prósperas y felices ruedan veloces sobre un regio trén á la consecución de sus destinos eternos ante nuestros pasmados ojos; nosotros montados sobre *tardíos Asnos*, ó petrificados bajo nuestras *pagizas Chozas* nos vemos condenados á la inmovilidad y á la barbarie! ¡Culpa es de nuestros Gobiernos; ¡¡¡ Castigo terrible, y no expiación de nuestro Pueblo!!!

!Mayor debe ser nuestra tristeza que nuestro alivio, al considerar que hemos tenido y aun tenemos Hombres grandes para el esperado y ansiado bien de nuestro País! Mas los primeros han muerto ya, y no les fué lícito hacerlo todo para nuestro bien; los que ahora nos restan, ó les falta el valor por el peligro, ó la voluntad por la fatiga. ¡¡¡ Nuestra Gloria Nacional no pasa de ser un cuadro en bosquejo!!!

¡ Todavía hay mayor amargura en la reflexión que se destaca, como el hecho saliente y desgarrador de nuestra Conciencia pública. ¡ Cincuenta años há que contamos de independendia, como Nación Soberana, y la infeliz Patria, Madre de tantos hijos, se ve obligada á lanzarlos al sepulcro cubiertos de canas y de barbas sin haberlos podido sacar nunca

de la menor edad! ¡Bajamos á la tumba envueltos en las mantillas y fajas del Niño!

¡Y el Pueblo! ¡el pobre Pueblo! ¿Con qué fin revelarle sus nobles destinos ni abrirle las fuentes de sus deberes para sostener, apoyar y ser el manantial de la riqueza, grandeza y social poderío? ¡Nuestra Plebe solo sabe gemir doliente é inconsolable á cada Gobierno que se le impone; pues, por experiencia, siente que los más de sus funestos Magistrados caban á sus piés un surtidor nuevo de lágrimas! ¡Se le ha dicho que es libre, que es independiente, que es soberano de su porvenir y árbitro de sus destinos; pero esto suena á sus oídos como sonó el Breviario de Valverde en los oídos del infortunado Atahualpa! ¡Lo que sí entiende es, bajo el peso real de su abrumadora opresión, que debe pagar contribuciones é impuestos frecuentes; sufrir violencias, despojos, depredaciones, injusticias, y esa diezmada crónica de sangre que le exigen nuestras brutales Revoluciones, para encaminarlo en seguida por el despeñadero de la miseria, de la hambre, de la degradación, de la esclavitud y de la muerte! ¡¡Y esto en nombre de la Libertad, de la Patria y de la Civilización!!!

¡Pero este Pueblo no está muerto! Es todavía un Pueblo grande, porque tiene el espíritu magnánimo é inmortal de la Fé, que le alienta y fortalece en medio de su angustiada agonía social.

La divina Religión lo restaura, lo vivifica y lo inmortaliza todo. . . . Gobierno, política social, riqueza económica, poder y grandeza moral de una

Nación, todo está en sus manos.

No rompamos, pues, jamás ese vínculo sagrado que nos une á la verdadera gloria, la de ser el Ecuador una Nación esencial, absoluta y únicamente Católica. La causa de la Iglesia es la causa de la civilización. Su emprendedora actividad entregada á la dirección del Episcopado Ecuatoriano y apoyada en la leal y noble cooperación del actual Magistrado de la República, ilustre y benemérito Caamaño, elevarán nuestra Patria, á tocar vencedora la gloriosa meta de nuestra perfección moral, religiosa, política y social, que tan ardientemente deseamos.

Acabamos de pronunciar un Nombre que, en medio de nuestro universal naufragio, nos ha deparado la Providencia, como la tabla de nuestra salvación.

Tras de una jornada heroica, titánica, sin ejemplar en los anales del mundo, cuya historia escribiremos pronto, ó para expresarnos con más exactitud; tras de una Campaña sublime y asombrosa, donde metió su brazo todo la Omnipotencia Divina, no nos quedaba en los campos de la gloria más que las marciales y portentosas figuras de los Sarastis, Laudázuris, Salazares, Flores, Almeidas, Angulos, Zaramas y Baronas. Pero estos Genios eran los mensajeros del triunfo, y les rodeaba terroroso un disco de fuego y de sangre. Quería Dios suscitar un Genio de la paz y del orden, é hizo brillar su luz radiante y apacible en torno de la hermosa y pacífica figura del más modesto, sabio, afectuoso y el primero de los amadores de su Patria, Caamaño.... Dis-

tante del *Terrorismo*, que temerario é impudente destroza, tasajea y corta sin conmiseración el cuerpo moribundo de la Patria, como del *Radicalismo*, que ruin y parricida propina el veneno que engangrene y corrompa sus miembros; sabrá este ilustre Procer de un Pueblo nuevo, restablecerlo en su salud, darle vigor y comunicarle esa energía que lo conduzca en alas del progreso á su engrandecimiento, gloria y prosperidad merecidas.

¡Esta es nuestra fé invencible; y lo que no alcanza del Cielo nuestra esperanza, lo alcanzarán nuestros votos!

XANTIPO.

NOTA.—Cualesquiera objeciones ó reparos que pueda promover nuestro escrito, quedarán sin respuesta, según nuestra costumbre. No escribimos sobre asuntos opinables; escribimos la Verdad, y de un modo serio: inútil sería, pues, entrar en polémicas.

Menos responderemos á injurias y calumnias; porque si nuestra dignidad nos prohíbe aborrecer á los que mal nos quieren, no nos veda el despreciarlos.

EL AUTOR.